

han constituido unidad nacional todavía. Más que un Estado solo, un solo jefe, un solo Emperador, tienen Bohemia, Hungría; no han constituido nación. La idea de nación resulta de un espíritu común á todos sus hijos. El amor que se siente por la gran patria; el cuidado y esmero de su lengua en los altos escritores; la ofensa que se recibe al imputarle á unos giros de carácter ú origen extranjero; el gusto por las artes y por las letras nacionales; la soberbia heredada y recibida del heroísmo de nuestros progenitores; cierta interior fisiología, que todos nos reconocemos á una, cierto espíritu colectivo, en que todos respiramos, el sentimiento de la independencia, el amor á la bandera, el culto á las almas de los muertos, la esperanza de legar el territorio íntegro y honrado á las venideras generaciones, todo esto constituye la verdadera nacionalidad, aquella que se funda en el concurso apasionado y constante de la voluntad y del pensamiento de sus hijos. Cuando se ha subido á tales cumbres de la vida, cuando se ha formado ese único espíritu consustancial á todos los compatriotas, cuando se ha puesto en su punto lo que llamamos nacionalidad, jamás se retrocede á las federaciones. En los siglos medios existía la idea de individualidad soberbia y aislada de los señores feudales, existía la idea de patria municipal en los ciudadanos plebeyos, y hasta el amor al terruño en los pobres campesinos, existían unidades formadas por las comunes creencias religiosas ó por la fidelidad común á un gran protector que os había defendido y amparado. Pero esa idea de patria nacional, esta idea, que toca en los senos de la idealidad más sublime, y que dimana de la realidad más material, esta idea faltaba, por no haber llegado el humano espíritu á su grandeza moral y á su plenitud y á su madurez presentes. Así, pudo muy bien pasar de reino á federación Alemania. Nuestros Reyes de la Edad Media, Sancho *el Mayor*, de Navarra, Fernando I, de Castilla, Alfonso VI mismo, después de haber establecido relativa unidad, desmembraban, á la hora de muerte su obra y partían en pedazos el reino entre sus hijos, cual si fuera pobre y oscuro predio, no el núcleo de futura nacionalidad. Así explicaréis el retroceso de Alemania. Merced á este retroceso, no había nada más fantástico ni más vano que un Emperador alemán. Othon *el Grande*, Federico II, Carlos V, apenas inspiraban respeto á sus vasallos, ceñidos, como ellos, de armiño y de corona. Tanto Estado diverso, tanto feudo múltiple, tantas soberanías contradictorias, se ligaban á lo mejor con el extranjero, anteponiendo su interés propio al interés común de la patria. Los Reyes de Baviera y los emperadores de Austria, por católicos, resultaban siervos de nuestra España, mientras los marqueses de Brandeburgo, los electores de Hannover, los duques de Sajonia, por protestantes, resultaban siervos de Francia, Suecia ó Inglaterra. Por eso, dentro de Alemania hubo siempre una especie de guerra civil organizada; por eso, la desmembración y el fraccionamiento llegó mil veces á la más insoportable anarquía. «Tenemos treinta y cuatro Reyes, decía Enrique Heine, y le llamamos patria nosotros á la tierra, que les pertenece á ellos por derecho divino.» Así en el siglo décimo-nono, en su año prime-

ro, cuando acababa Francia de mostrar en sus guerras de la República y de la libertad cuanto ama un pueblo libre á su patria, Alemania no había constituido todavía nación. Aquella serie de reinos, de feudos, de ciudades, de obispados y arzobispados, de monarquías pertenecientes unas á los holandeses y otras á los británicos, todo aquello era una Confederación; pero todo aquello no era una patria. En los años más gloriosos de nuestra nacionalidad, en los años de la guerra por nuestra independencia, en aquellos años sublimes, que mostraron cómo el espíritu de nuestra España batía las divinas alas sobre la frente de todos sus hijos, Alemania caía dos ó tres veces á las plantas del extranjero, y dejaba inerte que se repartieran el sepulcro de sus padres los sargentos de Napoleón.

Alemania entregó, en comienzos del siglo á Francia, la orilla izquierda del Rhin, ciudades como Colonia donde se alzaba su grandiosa catedral; como Aquisgran donde dormía su Emperador Carlo Magno; como Worms y Espira donde se reunieron dietas gloriosas que habían contribuido en tal grado á la emancipación del espíritu y á la libertad del pensamiento. En el puño de Francia se vieron los cayados de sus obispos reinantes, los cetros de sus régulos feudales y hasta las diademas de sus Césares históricos. Sus electores combatieron á la sombra de las águilas francesas y sus territorios repartidos quedaron á merced y arbitrio del vencedor. El Imperio se disolvió bajo las espuelas de Napoleón. Los Reyes se reunieron en confederación, y la colocaron bajo el patrocinio de Francia. Los tratados de Luneville y Presburgo son las marcas mayores de ignominia que haya un Imperio llevado jamás sobre su frente. Baste decir que un obscuro corso, sin otro título que haber nacido de madame Letizia y ser un hermano de Napoleón el *Grande* se llamó Rey de Westphalia. No hace ochenta años todavía que la Prusia estaba completamente rota, y había sufrido la muerte de Polonia. Su propio electorado de Brandeburgo, con casi todos los dominios aceptados en la desmembración de Polonia, le fueron desceñidos por las victorias francesas. La pobre Varsovia, entregada por los desmembradores al triste látigo prusiano, se incorporó un poco en su sepulcro, y buscó en los aires, volviendo á todas partes el hueco de sus ojos vacíos, aquella secular alma de Polonia, que vivificara y esclareciera tantas naciones libres. Cuando merced á los excesos en que cayera la soberbia de Napoleón, Alemania confederada con Rusia ó Inglaterra, venció en Waterlío; su mapa se alteró de nuevo, pero más en favor del Austria, Estado imperial y católico, que no en favor de Prusia, Estado militar y protestante. Así es que la presidencia de la confederación perteneció al Austria. Mas para demostrar lo confuso de todas estas agrupaciones germánicas, baste decir que, ya entrado en edad nuestro siglo, formaban parte de la confederación germánica y aparecían feudatarios del Imperio alemán Reyes extranjeros, como el Rey de los Países Bajos, como el Rey de Inglaterra, como el Rey de Dinamarca. La Prusia, que con sus electores de Brandeburgo y sus Reyes filósofos había representado el principio protestante y el principio filosófico en Alemania, recibió por lo mucho que su ejército con-

CAPILLA ALFONCINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. D. I.



tribuyera con su disciplina y con su valor al triunfo común, grandes dominios. Magdeburgo, la Pomerania escandinava, parte considerable de Sajonia y el Gran Ducado de Posen, constituyeron el núcleo de un nuevo territorio y Estado venido indudablemente á disputar su poder al Austria y á traer en predominio de la Germania protestante sobre la Germania católica. Si á esto se añade la devolución de los principados rhinianos y hasta la entrega de Neufchatel, por la que perteneció el Rey prusiano á la confederación helvética, podrá verse cuánto y cómo creció el Estado apercibido desde luengos tiempos á formar el núcleo de Alemania. Todos los otros territorios germánicos pasaron por alteraciones análogas. Baviera tuvo que ceder una parte de sí misma en aquellos cambios al Austria; Sajonia se halló disminuida por los engrandecimientos de Prusia; el Wurtemberg agrandado por reacaparación de territorios austriacos; y una multitud de Principados y principillos interpuestos como los aerólitos entre los astros y demostrando así el carácter fragmentario y feudal de Alemania. Lo único, á la verdad, supremo ya, y totalmente definitivo, la solución perdurable, fué la determinación tomada, en tan supremos instantes, de reacción europea contra los principados eclesiásticos. Ninguno renació; pero la continuación del fraccionamiento, la presencia de tantos extranjeros en las dietas germánicas; la rivalidad entre Prusia y Austria; el sentimiento de unidad, trajeron consigo la gran transformación que verdaderamente caracteriza este nuestro tiempo.

¡La unidad alemana! Pocas ideas han tenido en el mundo más vieja prosapia y pocas ideas han marchado tan lentamente á su realización. Los alemanes, un día salvados de los turcos en el siglo décimo-sexto por la omnipotencia española; salvados otro día de los austriacos y de la reacción religiosa por los Valois de Francia; salvados de Wellestein y sus hordas por Gustavo de Suecia y por el mismo Richelieu en persona; y á pesar de todas estas salvaciones varias, desmembrados y desunidos por las conquistas de Luis XVI; rotos y reincorporados en parte á Francia por la guerra de su república; descompuestos y recompuestos por Napoleón á su arbitrio; comenzaron, en cuanto las guerras napoleónicas concluyeron y se vieron ellos á merced y arbitrio de la Santa Alianza, por sentir afectos de libertad bien confusos, y terminaron por comprender cómo estas libertades tan deseadas y queridas no podían realizarse por completo sino dentro de la unidad superior, de la unidad nacional. Mas imposible, de todo punto imposible, constituir esta unidad superior con tantos Reyes y príncipes y señores feudales, como radicaban en su seno, aun después de tantos recortes, como se habían hecho en su feudalismo y de tantos territorios como se habían reducido en su inmenso espacio á un denominador común. Austria por un lado, con sus tendencias imperiales y católicas; Prusia por otro lado, con sus tendencias protestantes y monárquicas; Baviera pretendiendo el poder y el ministerio de un gran reino; Sajonia, Hesse, Hannover, pugnando por conservar su independencia y sustraerse á la fuerte mecánica de una invencible atracción, tantos y tantos factores discordes y en

guerra, convertían la idea de unidad en poético sueño sin aplicaciones de ningún género á la vida; fuera de todas las realidades concretas y dentro de los ensueños poéticos, muy bueno para las epopeyas y para las leyendas, muy vano para la triste y áspera política. Mas notábase que, allá en las universidades, poco á poco se iba formando un partido, el cual llevaba este nombre, la joven Alemania, bien significativo de sus viejos ideales y de sus risueñas esperanzas. Notábase más, notábase que tal partido, empollado en las aulas, en esos nidos de las ideas, á veces mandaba y expedía ilustres desterrados á París, los cuales presagiaban una revolución germánica, frente á la que de seguro quedaría como un idilio en la memoria humana el gran movimiento de la revolución francesa. Así, en aquel día de sorpresa y espanto, que reveló al mundo el advenimiento de la democracia por medio del súbito volcán, denominada revolución de Febrero, ardió Alemania, demostrando así, en aquella erupción, las lavas líquidas, rojas, hirvientes, que latían á una en sus fríos suelos también. La democracia, que creyeron muchos vano sueño de jóvenes y acaloradas cabezas, surgió fortísima, empeñando en campos y en ciudades un formidable combate con los poderes históricos. Baden, Dresde, Viena, Munich, Berlín, ardieron, como si el espíritu revolucionario de París se hubiese transfundido á sus venas y clavádose á interior alma de sus almas. El emperador de Austria huyó primero y abdicó por último. El Rey de Baviera y el duque de Sajonia vieron frisar las barricadas con sus tronos. El Rey de Prusia encontró los muertos tendidos por las tropas en las calles, dentro del Palacio real, en su propia cama, y se volvió loco. La revolución germánica siguió muy de cerca y muy de prisa estos años tempestuosos á la revolución francesa.

Pasó allí lo mismo que pasaba en el resto de nuestra Europa. El estallido de Febrero resultó una explosión; pero el estallido de Febrero no resultó una solución. En medio de los estremecimientos revolucionarios no se resuelve nada, no se organiza nada. Febrero llevaba en su seno la muerte, y la muerte pronta, por no haber en ninguna parte allegado una solución, cual deben ser las soluciones políticas, una solución concreta y tangible. La democracia no estaba perfectamente definida; y como no estaba la democracia perfectamente definida, la democracia marró, cual marran todos los movimientos políticos y sociales, si carecen de fin y objeto. Heroicos, sublimes, mártires, supieron los inmortales demócratas de aquel tiempo crear, pelear, morir, mas no supieron limitarse y definirse, destrozándose los unos á los otros en las vagas tinieblas de sus propios errores. Los revolucionarios de Madrid lucharon en Marzo y en Mayo, pero sin saber ni averiguar lo mismo por que luchaban; los republicanos de Febrero no acertaban si la república por ellos proclamada entre súbitas inspiraciones debía ser individualista ó socialista; Italia vacilaba entre la república y la monarquía, sin saber si fiarse al cetro de Saboya ó al tribunado de Massini; Hungría, dirigida por un hombre tan extraordinario como el dictador Kussut, enterraba la corona de San Esteban, y quedándose como perpleja en una especie de cre-



púsculo, no sabía cómo constituirse, ni qué forma dar á sus incontrastables aspiraciones: faltábale á la revolución europea un ideal y un objeto. Aquello podía llamarse la grande aparición del nuevo elemento democrático, pero no podía llamarse de ningún modo su victoria.

Pues entre todas las naciones encendidas y exaltadas por la revolución ¡ah! ninguna de tal perplejidad como Alemania. Siempre ha sido el mundo alemán poco dispuesto para lo que llamamos práctica y acción. Los pueblos latinos apenas conciben una idea, cuando la realizan y la cumplen. No les parece verdad sino la verdad objetiva. El subjetivismo alemán, ó sea, el aislamiento de los alemanes dentro de sí mismos, les quita idoneidad para la práctica y acción. En vano su gran poeta, el primero de todos los germanos, quiso rectificar el Evangelio, escribiendo en su principio la incomparable apoteosis de la acción sobre la idea y sobre la palabra. En el principio dijo, no era el Verbo, no, en el principio era el acto. En vano su gran crítico les demostró cómo por la razón teórica y pura se llegaba gradualmente á la sumersión de todos los seres en la nada, y como para conservar la libertad, el derecho, el alma con su inmortalidad y con su responsabilidad, se necesitaba una razón práctica. En vano el último de sus filósofos y de sus metafísicos encareció la voluntad, haciéndola como una especie de agente y de creador universal. El alemán pone infinita e insalvable distancia entre su cabeza y su brazo. Así los pueblos latinos se han tragado ya el feudalismo de sus nobles, el absolutismo de sus Reyes, las viejas sustancias sociales; y el alemán sostiene hoy un patriado campesino y territorial y absolutismo realista como los nuestros allá en añejos tiempos. Sublevóse, pues, cual se había sublevado Europa entera tras la revolución de Febrero; supo menos que los demás pueblos europeos la solución á dar y el pensamiento á traer en aquellas erupciones. Vencedor el pueblo alemán sobre todas sus viejas tiranías, no acertaba con lo que debiera en último término hacer para organizar la victoria. Sus perplejidades no tuvieron en aquella terrible crisis número ni medida y frustraron á la postre todo aquel movimiento. No hubo jamás en el mundo Asamblea semejante á la grande Asamblea de Francfort. Su fortuna y su ocaso estuvieron de tal suerte reunidos, que aquel sér social perteneció de suyo á los seres efímeros, como todos los Parlamentos que no se animan en un verdadero ideal y no aciertan con el fin y objeto que al cabo han de cumplir. Donoso Cortés, con aquellas magnificencias de alto estilo usadas á la continua en sus discursos, decía de la Asamblea de Francfort que Alemania la alojó como una diosa en un templo, y esa misma Alemania la dejó morir como una prostituta en una taberna. Pocas Asambleas han ceñido á sienes corona de popularidad semejante. Parecía el Concilio de la razón humana puesta bajo las blancas alas del espíritu de nuestro siglo. El Verbo de la civilización hablaba por su boca. Las ideas de tantas inteligencias superiores, el curso de tantos siglos genésicos, desaguaban en aquel inmenso espacio, que parecía la cima del estrellado cielo de nuestro pensamiento. Diríase

que aquella Dieta de Francfort se había reunido para eclipsar en los anales germánicos la Dieta de Worms, donde se oyó el primer vagido de la libre conciencia religiosa en el Verbo y en el espíritu de Lutero, protestando contra todas las tiranías y defendiéndose inermes del Emperador y del Imperio. La fe, la esperanza, las ideas más puras, los propósitos más nobles, las tendencias más sanas y más vigorosas de nuestro tiempo, generaron aquel gran Parlamento, henchido todo él de verídicas alucinaciones y magnetizado por una especie de noctambulismo sublime. Pero ¡ha! que no tenía ninguna solución práctica y concreta. Los unos aparecían como republicanos teóricos, los otros aparecían como socialistas vagos, los otros se aferraban á la vieja Historia nacional, una mínima parte á la extrema izquierda hegeliana, deseando, no ya destronar á los Reyes, destronar á los dioses, y las almas de muchos se asemejaban á errantes cometas sin órbita calculable y muy dispuestos á perderse allá en los abismos de las determinaciones confusas. Lo que había sobre todo y antes de todo allí, era una grande aspiración á la unidad germánica. Pero esta grande aspiración á la unidad germánica no sabía ni cómo soterrar el feudalismo antiguo, ni cómo poner un solo Estado sobre tal enorme número de Estados diversos. Lo cierto es que fracasó la grande Asamblea de Francfort, como habían fracasado todos los órganos diversos de la revolución europea en el año 48, y se desvaneció sin dejar de sí otra cosa que la unidad en germen sobre aquel suelo y sobre aquel espíritu.

La mayor parte de los revolucionarios en Francfort, volvió sus ojos á Prusia. Columna del protestantismo en tiempo de las guerras religiosas, factor transcendental en las ligas y asociaciones que dieron por fruto y resultado la Reforma, representante un día del espíritu filosófico propio al décimo-octavo siglo, rival del Austria, los revolucionarios más resueltos tomaban á Prusia como el instrumento mejor templado para el natural logro de la unidad germánica. Esta preferencia le costó bien cara en aquel entonces, obligándola tristemente á la horrible humillación de Olmutz. Pero la idea quedó sembrada, y todas las ideas, que se siembran con oportunidad, se recolectan tarde ó temprano en frutos. Un repúblico extraordinario, el canciller Bismarck, se propuso imitar á su glorioso predecesor el barón Stein. Y así como el barón Stein sólo pensó en rescatar la humillación de Jena, el canciller Bismarck sólo pensó en rescatar la humillación de Olmutz. El barón Stein, con extraordinaria claridad de inteligencia y firmeza de voluntad fué organizando militarmente á Prusia, para llevarla de súbito á empeños como el empeño de Waterlloo, y el canciller Bismarck organizó militarmente á Prusia para llevarla de triunfo en triunfo á Sadowa y á Sedán. En vano el Parlamento de su patria le oponía las mayores dificultades y le cerraba todos los caminos legales para la fuerte organización militar; su voluntad férrea, metida en tal empresa gigante, no cedía, no, á los obstáculos, y redoblaba de intensidad y de fuerza. Reunir Alemania en torno de Prusia, realizar el testamento de la Asamblea de Francfort, disciplinar los alemanes en el ejército para conducirlos ya disciplinados á la uni-